apreciar efectivamente, que sangraba algo por el bajo vientre. No creí, sin embargo, que su herida tuviese importancia, y como no quería, por otra parte, que se me mezclase en ninguna mala historia, unos días antes de partir en convalecencia, decidí irme á acostar. Una hora después me hicieron levantarme para ir á la sala de informaciones y de aquí á una celda».

Hasta Rousset habían llegado ya rumores, viviendo todavía Brancoli, de que Pan Lacroix le acusaba como autor de la cuchillada de aquél. Deseando que su inculpabilidad quedase bien demostrada, se apresuró á decir al teniente instructor que le llevase al hospital á un reconocimiento con el herido, diligencia que no quiso efectuar Pan Lacroix.

En cambio de esto, una vez muerto Brancoli, el teniente Pan Lacroix llama á declarar á Bordessoulle, hacia quien eran públicas sus preferencias y atenciones. Es ahora cuando una acusación categórica y terminante va á salir contra Rousset. Veámoslo por lo que aparece textualmente en el sumario:

«Teniente.—Diga usted—á Bordessoulle—lo que sepa sobre la muerte del cazador Brancoli.

»Bordessoulle.—El domingo 27 de Agosto, hacia las nueve y media de la noche, Rousset, que duerme en el mismo departamento que yo, vino á buscarme, diciéndome: «Baja conmigo, que tengo una discusión con Brancoli». Conociendo el carácter violento de Rousset, me apresuré á seguirle, si bien, dejándole en el pasillo, yo me fuí á los retretes. Cuando volví de aquí, aun encontré á Rousset discutiendo con Brancoli, y al subir las escaleras para dirigirme á la cama, sentí que éste trataba á Rousset de maricón, lo cual hizo que el último le dijese: «yo j... á los corsos y á los marselleses», al mismo tiempo que, arrojándose sobre Brancoli, le introdujo un cuchillo en el vientre. Yo entonces, sin aguardar más, seguí subiendo para mi departamento, viniendo Rousset en seguida á unirse á mí, quien cuando ya estábamos cada uno en su cama, me dijo en voz baja: «He herido antes á Brancoli».

»T.—¿Vió usted á Rousset sacar el cuchillo de su bolso?

»B.—No; yo creo que él debía tenerle escondido en su manga».

Esta es la declaración más substancial que pesa sobre Rousset; las de los otros dos testigos presenciales del hecho, Sauval y Bintein, á pesar del empeño que ponen en culpar también á aquél del hecho, se ve en seguida que sus deposiciones están llenas de errores y contradicciones. En el Consejo de guerra, al cual sólo compareció el segundo de ambos, el mismo presidente del Tribunal hubo de exclamar con toda sinceridad, que lo que decía Bintein «no estaba nada claro».

Los restantes testigos giran todos, secundariamente, en torno de los acusadores de Rousset, unos, y otros á favor de éste. Sus declaraciones, sin embargo, no revisten gran importancia; los de Rousset casi todos son para contestar de que Brancoli, mientras estuvo en el hospital, nunca le había acusado de nada.

De capital importancia es la acusación que Rousset hace contra Bordessoulle, al que culpa de la muerte de Brancoli. Sus declaraciones, con este motivo, que había formulado así que supo la maquinación de que era víctima por parte de aquél, son ratificadas terminantemente en la vista del Consejo de guerra. Conviene, pues, que las demos á conocer:

«Presidente.—¿Por qué, después de haber dicho usted que no conocía al agresor de Brancoli, acusó como autor del hecho á Bordessoulle?

»Rousset.—Es que no quería denunciar á un camarada; pero viendo que el culpable me acusa á mí, no reparé entonces en decir la verdad yo.

»P.—¿De modo que usted vió á Bordessoulle herir á Brancoli?

«R.—Sí; como Brancoli estaba hablando despreciativamente de los marselleses y parisienses, Bordessoulle, en revancha, comenzó á decir otras frases insultantes contra los corsos. Al oir esto el primero echó mano al bolso para sacar un cuchillo, y ni apenas había acabado de empuñarle cuando Bordessoulle ya le metía el suyo en el vientre. Yo, entonces, como dije antes, no queriendo que se me mezclase en este asunto subí á acostarme, sin creer que la herida de Brancoli fuese tan grave, ni menos que necesitase de auxilio, pues, en cualesquiera de estos casos, yo me hubiese quedado á socorrerle».

Después de Rousset declara Bintein, cuyas contradicciones ya hemos indicado ligeramente, y á continuación lo hizo Bordessoulle, el cual se afirma categóricamente en sus manifestaciones primeras. Así que éste hubo terminado, como quiera que el presidente preguntara á Rousset si tenía algo que decir á lo expuesto por su acusador, Rousset le contestó:

—«Si ese miserable no tuviese el corazón más duro que una piedra, una palabra suya bastaría para que yo saliese libre de aquí. Todo cuanto él ha dicho no es más que un complot urdido contra mí porque se creía que yo había denunciado á otro camarada.

«Presidente.—¿Se mantiene usted, pues, que en que Bordessoulle fué el que mató á Brancoli?

»Rousset.—Sí, señor presidente. La única que yo no diré es que él lo haya hecho expresamente, con mala intención; pero sí que Bordessoulle es el culpable».

Siguió el juicio, con desfile de testigos y, luego, con los informes del fiscal y el defensor... Y al final, Rousset era condenado á las duras penas que ya señalamos más arriba.

Tamaña monstruosidad, dadas las deleznables pruebas que contra él había, era imposible que pudiera quedar en silencio y no quedó. Y una vez que fueron bien conocidas las circunstancias que concurrían en el hecho de autos, la forma tendenciosa en que Pan-Lacroix instruyó el sumario y el desarrollo de las sesiones del Consejo de guerra, los elementos revolucionarios de Francia decidieron agitarse en favor de Rousset, del hombre que tanto odiaban los galoneados por el daño que les había causado por su gesto en 1909, y cuya culpabilidad, en el acto presente, sólo descansaba en la acusación del sospechoso Bordessoulle, acusado también por Rousset de ser el matador de Brancoli.

Merced á la actividad y rapidez que desplegaron los amigos de Rousset, se pudo constituir en seguida un Comité encargado única y exclusivamente de conseguir la revisión del proceso. A este organismo se adhirieron al momento toda esa brillante pléyade de hombres que hay en Francia en el campo de la política, del foro, de la ciencia... y cuyo concurso generoso nunca falta á todas las causas donde la justicia y la razón están en entredicho. El comandante Alfredo Dreyfus, el que en otro tiempo por un caso parecido se vió desterrado en la Isla del Diablo, también se adhirió al «Comité del *affaire* Rousset», confesando noblemente que el conocimiento del proceso había dejado en su espíritu «la angustia de la duda».

A la hora de ahora, todos los que están interesados en que la verdad triunfe, aguardan impacientes la resolución que acuerde el Tribunal Supremo sobre un recurso de casación del sumario y del Consejo de guerra que presentó el defensor de Rousset. Si el recurso se admite, como es su consecuencia que cuanto han hecho hasta aquí las autoridades militares no tiene ningún valor, el «Comité del *affaire* Rousset», cuidará que las nuevas diligencias sean instruídas con entera rectitud é imparcialidad, que la justicia sea hecha Si no, van á renovarse pronto en Francia las luchas que dieron universalidad al caso de Dreyfus, va á proclamarse la inocencia de Rousset por la agitación en las calles. Que escojan los galoneados de Mariana III,

(Concluirá). UN SIN PATRIA

Cogidas al vuelo

La señora de la espada y la lanza ha hecho uso de esos artefactos recientemente.

He aquí la noticia que hallamos en la prensa:

«La sección tercera de lo criminal de esta Audiencia ha dictado sentencia en la causa seguida contra el doctor Queraltó, á instancia de varios médicos del Patronato de Cataluña contra la tuberculosis, condenando al procesado á dos años, cuatro meses y un día de destierro, 500 pesetas de multa y accesorias correspondientes, por uno de los cuatro delitos de que se le acusaba, absolviéndole de los tres restantes y declarando, en su consecuencia, de oficio las tres cuartas partes de las costas.

«Contra esta sentencia interpondrá el doctor Queraltó recurso de casación que se encargará de mantener ante el Tribunal Supremo el señor Sol y Ortega».

Una vez más da sus frutos naturales el famoso artículo tantos, obra de un legista del tiempo de Maricastaña que ni de oidas conocía la antropología ni la sociología.

Si como muestra basta un botón júzguese por éste lo que de estacionario y antiprogresivo tiene ese articulejo.

⁂

El proceso de la secuestradora recientemente incoado en Barcelona da lugar á que *La Vanguardia* escriba las siguientes frases:

«Si tiene las derivaciones que se presumen»; «gangrena cubierta de harapos ó revestida de oro»; «fueros del hambre, que todo lo justifican, ó fueros de la fortuna, que todo se lo arrogan»; «exenciones para las monstruosidades y crímenes de la miseria, respetos á una posición más ó menos elevada y á un nombre más ó menos distinguido...»

Parécenos ver el movimiento de un péndulo imposible de pararse un momento sobre el preciso punto de la justicia.

ESCRITORES, JUECES Y POLÍTICOS

El perro Dingo y San Pedro

Según nos cuenta Gómez Carrillo en una de sus crónicas parisinas á *El Liberal*, de Madrid, Octavio Mirbeau ha dicho hablando de su perro «Dingo», cuya historia está escribiendo:

«Otra cosa rara era su instinto. Cada vez que veía á un hombre de malas costumbres ó de mal corazón, se ponía á ladrar furiosamente. En cambio, cuando veía á un hombre honrado le lamía las manos. Debo decir que jamás le lamió las manos á ningún literato, á ningún juez, á ningún hombre político...»

La ironía de Mirbeau es siempre aguda y acerada como la hoja de un puñal. Y siempre va bien dirigida: recta al corazon de los que ataca.

«Dingo» sólo lamía las manos de los honrados, y jamás hizo tal caricia á ningún literato, á ningún juez, á ningún político.

La deducción lógica es que no encontró entre ellos á ningún hombre honrado.

Exageraciones del genial escritor francés, sin duda alguna, pero...

Oigan ustedes, que va de cuento.

⁂

Cierta vez el Padre Eterno ordenó que se hiciera una estadística de las almas que habitaban en el Cielo, clasificándolas según las profesiones que habían ejercido en la Tierra. Concluída la estadística, la examinó cuidadosamente, observando con extrañeza que los que figuraban en menor número eran los escritores y los jueces.

Llamó inmediatamente á San Pedro profundo conocedor de las almas humanas, por virtud de su cargo de portero celestial vitalicio. ¡Habían llamado tantas y tan diversas almas á las puertas del cielo! Es un gran psicólogo San Pedro, á la manera del perro de Mirbeau. Le basta ver á las almas por el postigo de la puerta celestial, para saber si son dignas ó no de la divina gracia.

Por esto el Padre Eterno le dijo:

—Pedro, he observado que las almas de escritores que hay en el cielo no pasan de algunas docenas.

—Señor, aun sobran la mitad, que entraron por condescendencia mía, fiando en sus protestas de enmienda. Pero son incorregibles. Por buena voluntad que tengan, no pueden curarse de los feos vicios que parece son añejos a la que fué su profesión terrestre; odiarse, despreciarse ó envidiarse mutuamente; criticar y chismear como mujerzuelas desocupadas; mentir ó sólo decir parte de la verdad, según les convenga, amén de otros defectos poco recomendables.

—Bien. Y jueces, ¿por qué hay tan pocos jueces en el cielo? Su número es todavía menor al de los escritores.

—Señor, es que tuve mucho cuidado de que sólo traspasaran los celestes umbrales los verdaderamente buenos jueces, y éstos, ¡han sido tan pocos! En su inmensa mayoría tienen seco el corazón. No saben lo que es amor ni bondad. Cuando en sus decisiones no influyen sus pasiones, sus enfermedades, sus preocupaciones y prejuicios, sus intereses de clase ó partido, son meros autómatas que aplican fríamente leyes escritas que no siempre son justas ni humanas.

El Padre Eterno quedó abstraído examinando la lista general en la que constaban los resultados estadísticos de las almas del cielo. De pronto exclamó en el colmo de la sorpresa:

—¡Cómo! ¿Ni siquiera el alma de un político tenemos en el cielo?.... ¿Es eso posible Pedro?

—Señor, durante la eternidad que estoy al cuidado de la puerta del cielo, muchas almas de políticos han venido solicitando entrada; pero, ¡ay! eran todas tan negras, que ni una hallé digna de atravesar el umbral. Todas llevaban retratada la ambición, la hipocresía, el disimulo, el engaño, la perfidia, la mala fe, el interés personal...

El Padre Eterno interrumpió:

—¡Mi divinidad me valga! ¿Tan malas son las almas de los políticos?

—¡Ay, señor! La política es el infierno de la tierra. Para las almas que en él penetran, no hay salvación. Están condenadas á la ambición eterna. Por esto no ha entrado ni entrará jamás en la Gloria el alma de un político.

Calló San Pedro.

El Padre Eterno meditó unos momentos y luego, en medio del estupor general, dijo:

—Puesto que los hombres han inventado la Política, yo suprimo el Infierno.

—¿Y qué haremos, Señor, de las almas de los políticos? —interrogó consternado San Pedro.

—Los condenaremos á ser eternamente candidatos en un mundo inmortal.

—¿Y de las almas de los que sólo votan?

—A esas, las mandaremos al limbo.

⁂

Aquí termina el cuento.

Indudablemente «Dingo», el perro de Mirbeau, es digno de acompañar á San Pedro en la portería del Cielo.

ADRIÁN DEL VALLE

Trabajando

Sobre el barbecho que reverbera por los rayos del sol, tostado el cutis por la inclemencia de la intemperie, con los pies y las manos agrietadas, el labrador trabaja; va y viene sobre el surco; el alba le halla en pie y cuando la noche llega todavía empuña la herramienta y trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para llenar graneros que no son suyos; para amontonar subsistencias que se pudren en espera de una carestía mientras el labrador y su familia apenas comen; para adquirir deudas que lo atan á los pies del amo, deudas que pesarán sobre las generaciones de sus descendientes; para poder vegetar unos cuantos años y producir siervos que labren cuando él muera los campos que consumieron su vida y dar á la bestialidad de sus explotadores algunos juguetes femeninos.

Sudoroso y jadeante en el húmedo fondo de la mina se debate contra la roca un hombre que vive acariciado por la muerte, á la cual se parece en la palidez del rostro; martillea y dinamita; trabaja con las reumas filtrándose á través de sus tejidos y la tisis bordando sus mortales arabescos en las blanduras de sus pulmones sofocados. Trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que algunos entes vanidosos se doren los trajes y las habitaciones; para llenar cajas de sórdidos avaros, para cambiar la piel por unos cuantos discos metálicos, fabricados con las piedras que él ha hecho salir á la superficie á toneladas, para morir joven y abandonar á la miseria á los hijos queridos.

En destartalada casucha, sentada en humilde silla, una mujer cose; ha comido mal, pero cose sin descanso; cuando otros salen de paseo, ella cose; cuando otros duermen, ella cose; huye el día y á la luz de una lámpara sigue cosiendo, y poco á poco su pecho se hunde y sus ojos necesitan más y más la proximidad de la pobre lámpara que les roba su brillo y la tos viene á hacerse la compañera de sus veladas. Sedas, hermosas y finas telas, pasan bajo su aguja: trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que ociosas mujeres, damas aristocráticas, concurran al torneo de la ostentación y la envidia; para surtir lujosos guardarropas donde se picarán los trajes en tanto ella viste de harapos su vejez prematura.

Envuelta en llamativos adornos, cargada de acres perfumes, teñido el rostro marchitado y fingiendo acentos cariñosos, la prostituta acecha el paso de los hombres frente á su puerta maldecida por la gazmoñería misma que la obligó á llevar al mercado social los efímeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja; horrible trabajo el suyo; siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir sucias enfermedades; pagar al Estado moralizador el impuesto del vicio y expiar en el asco y la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allá, lejos de la opulenta morada, á disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja, también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudecer miserias en las casuchas, para quitar al que fabrica sus riquezas el pan y el abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho á vivir que la naturaleza concedió á todos; para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilma sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hojea procesos, urga en las declaraciones de los presuntos delincuentes; violenta la inventiva criminalogista de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para hacer respetados y temidos los caprichos de los déspotas, para presentar siempre á los ojos de los hombres la espantable cabeza de Medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto á las puertas; sus ojillos inquieren por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía; sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; tan pronto es un gusano como una serpiente; se agita, se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos y se pega á las paredes como si quisiera chupar los secreteos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche á la emancipación.

Señalando el cielo con un dedo simoníaco y deletreando páginas de absurdos libros, corre el sacerdote á caza de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece con el despojo; habla mentira en nombre de la verdad; roza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer á los pueblos y dividirse con los déspotas la propiedad de la tierra.

Y, oscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vibran como clarines de tempestad; vaga, y enciende con la llama de su verbo las consciencias apagadas; siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraviesa las multitudes llevándoles la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados y el minero, sin sacrificar su vida, tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que ennobleciendo y perpetuando á la especie una á dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta desaparezcan; para que la tiranía, el despotismo y la ignorancia mueran: para que la justicia y la libertad igualando racionalmente á los seres humanos los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada cual tenga, sin descender al fango, asegurado el derecho á la vida.

PRAXEDIS G. GUERRERO

Por los presos de la Bastilla Catalana

Es lamentabilísimo que en la actualidad se cometan injusticias tan grandes como la que nos ocupa. Todos sabemos que en septiembre de 1911, fueron encarcelados injustamente unos cuantos compañeros con el pretexto de una huelga que no llegó á efectuarse. Sabemos también, que el gobernador de Barcelona ha hecho de este asunto una cuestión de gabinete y debemos convenir que para la clase trabajadora constituye todo esto una burla sarcástica que es imposible tolerar.

Hay muchos compañeros que al hablar de este asunto no titubean en hacer responsable al señor Portela, pero nosotros opinamos que semejante arbitrariedad se perpetúa con la ayuda de nuestro silencio, de nuestro quietismo y de nuestra indiferencia.

Parece mentira que podamos tolerar este atropello inicuo sin la menor indignación, parece extraño que al contemplar esa iniquidad no levantemos nuestra voz y nos constituyamos cada uno de nosotros en un defensor incansable de aquellos valiosos compañeros que gimen entre rejas.

Sacudamos nuestra pereza, volvamos al terreno de la lucha cual reclama nuestro ideal y emprendamos una fuerte campaña en pro de los que sufren las iras y caprichos de nuestros gobernantes.

Tened presente que de nosotros depende la libertad de nuestros compañeros

El gobernador de Barcelona ha dicho: que los presos por los sucesos—que no sucedieron—de septiembre del año pasado, continuarán presos para que haya tranquilidad en la ciudad condal; á lo que nosotros debemos responder con nuestra campaña de liberación para que la tal tranquilidad no exista sin antes haber logrado la libertad de los presos, ó sea, de aquellos que sufren en las celdas por el odio de un monterilla.

Al insulto de un gobernador, hemos de poner en acción nuestras energías y duro con la campaña en pro de los mencionados presos.

Esta es la mejor manera de contestar á su provocación.

LOS DELATORES DE FERRER Y EL POLICIA SANCHEZ

Diferencias en las recompensas

Antes que todo voy á exponer la tesis de que *el partido radical era el menos indicado para deliberar á favor de Ferrer en el debate del parlamento.* Esto en síntesis es lo que voy á manifestar teniendo por armas la sinceridad, el desapasionamiento y sobre todo la lógica, que son las necesarias para abordar un asunto de tanta transcendencia, como el que, por dignidad de ideas progresivas y por enemigo de mixtificaciones y adulaciones hipócritas y falsas, me veo en la imprescindible necesidad de lanzar al aire mis notas de desenmascaramiento (aunque no nuevas), y sobre todo de protesta hacia aquéllos que no tuvieron ningún escrúpulo en hundir la figura de Ferrer en circunstancias críticas, y ahora, como por sport inicuo y miserable, se entretienen en sus instintos mercantilistas y oportunistas y poco escrupulosas, en buscar votos para sus apetitos desordenados, para sus ambiciones particulares, haciendo servir de pedestal la figura de Ferrer aún sanguinosa. ¡Cinismo de los cinismos!

Pero antes de entrar en el fondo del asunto, reproduciré las declaraciones de algunos *de los gordos* del partido radical, para que las lean, si es que la venda que tienen en los ojos no se lo impide, aquella masa ciega, que, inconscientemente, aplaude á los que, de proceder con justicia y pulcritud, no deberían hacer otra cosa que despreciarles y escupirles en el rostro, al contrario de lo que hacen. ¡Masa obrera, lee y digiere lo que leas, mastícalo bien, al contrario de lo que haces, que lees poco y sin masticar te lo tragas, medita bien y aprenderás á pensar y á obrar por propia cuenta, que en este sentido se te desarrollará el cerebro despojándosete de las muchas sustancias morbosas que lo tienen invadido y que es la causa de que todo lo malo y falso anida en él y te priva de ver la razón, la luz, la verdad! ¡Medita, profundiza y filosofa, no por lo que digan, sino por lo que deliberes entre *tú* y tu conciencia! ¡Aprende á ser consciente!

DECLARACIONES de algunos de los testigos delante del Consejo de Guerra que juzgó á Francisco Ferrer Guardia.

Lorenzo Ardid, dijo que el día 26 de Julio (tarde), se presentó Ferrer en la Casa del Pueblo y preguntó á Ardid que le parecían los sucesos, contestándole que ya estaban acabados, pues que habían sido una protesta y nada más y que el partido republicano no había intervenido ni intervendría, y como Ferrer volvía á insistir de *si aquéllo podía acabar de aquella manera*, Ardid, **molestado por aquel género de consideraciones**, le volvió la espalda llamando á unos de los que estaban allí para que sacaran á Ferrer de la Casa del Pueblo.

Jiménez Moya, dijo, que en opinión suya, la rebelión salió de *Solidaridad Obrera*, donde se había celebrado una reunión clandestina y desde donde partieron delegados para distintos pueblos y señaló como directores á Ferrer y sus afines de la «Liga antimilitarista».

Domingo Casas, alcalde de Premiá, declaró que se formó la opinión de que Ferrer fué el «elemento director» de todas las violaciones cometidas.

Emiliano Iglesias, declaró, contestando á lo que se le preguntaba, que **IGNORABA** la relación que pudiera existir entre Ferrer y *Solidaridad Obrera*, porque ésta hacía más de un año venía combatiéndole (á Iglesias, refiriéndose al conflicto «Arte de Imprimir»), pero que había llegado á suponer que *Solidaridad Obrera* **gastaba más dinero que tenía para combatirlo.**

Es necesario hacer observar, referente á estas últimas declaraciones, que los juzgadores de Ferrer, racional y lógicamente pensando, cabe suponer, y á la hora de fallar lo tuvieron en cuenta, que si Ferrer prestó dicho apoyo metálico para el asunto «Arte de Imprimir», lucha societaria, que es lo que de una manera hipócrita vino á decir Iglesias, y el fiscal lo tuvo en cuenta, mucho más debía haberlo prestado, dados los antecedentes de su historia, para un movimiento revolucionario, y por esto al pedir el fiscal la pena de muerte á Ferrer, se basaba en una **prueba testifical de quince testigos señalando á Ferrer como director de los sucesos de Julio, uniendo al cargo las relaciones de aquél con *Solidaridad Obrera* y la participación en los hechos, por afinidad de ideas, y aun por auxilios metálicos alguno, etc., y 4 de estos 15** testigos que consideraban á Ferrer como el director de aquellos sucesos eran **Jiménez Moya, Domingo Casas, Emiliano Iglesias y Baldomero Bonet**, que fué más sincero que Iglesias en el declarar, pues que confirmó las declaraciones de éste, diciendo que el origen de lo ocurrido estaba en *Solidaridad Obrera*, y como ésta no abundaba en recursos, participaba de la idea general de que se los había facilitado (los recursos) el conocido anarquista Ferrer, acabando Bonet por ratificarse (haciéndose firme) en que confirmaba su creencia, pues se comprendía que ningún otro elemento podía haber sido la causa de los sucesos.

¡Bravo, valiente!...

Las declaraciones de Ardid, á pesar de ser tan escabrosas, no entran en las de estos *quince*, pues como se ve, por lo que dijo, no consideraba á Ferrer como director de aquellos sucesos; pero no obstante no dejan de ser declaraciones ruines, miserables y canallescas.

¡Fijáos bien en estas declaraciones, obreros! Estas son las declaraciones verdaderas de los hombres del partido radical. ¿Son falsas? ¿Son exageradas ó modificadas? Solamente un ignorante puede preguntarlo; el que quiere pasar por despreocupado y listo y no se preocupa en leer verdades, y admite y cree todo lo que le dicen aquellos en que, ciegamente ha depositado toda su confianza, éste es el único que puede hacer preguntas, pero sólo se le puede contestar que estas declaraciones no sólo son verdaderas, sino que ya están escritas en la Historia y en letras inmensas é imborrables, como en la frente y conciencia de sus interesados, que quizá en tiempos no muy lejanos será su estigma, su constante pesadilla, su remordimiento martirizador.

Y ahora soy yo el que voy á hacer una pregunta: ¿Estos hombres pueden albergarse ó estar admitidos en un partido que se llame republicano radical?

La lógica no solamente dice que no, sino que dice deben ser expulsados de un partido que se precie de progresivo, de radical, pues que representan las substancias corrompidas de un cuerpo, que deben expulsarse para que esté éste en un estado más ó menos depurado, purificado. Y vuelvo á preguntar: ¿Qué ha hecho el jefe del partido radical y los miembros del mismo para la higienización? Nada, absolutamente nada, sino al contrario, que además de aceptar aquellos individuos, que son una mancha bien manifiesta para su partido, los han protegido y agasajado, que equivale á decir que el partido radical protege y aplaude á los delatores de Ferrer Pruebas:

A Iglesias le recompensaron sus declaraciones con un acta de diputado, y copio parte de un periódico referente á las mismas, en que decía: «..... su *estudiada* (yo digo *su estado de hipócrita*) declaración contra Ferrer no nos ha sorprendido, pues sabíamos el odio que le profesaba después que Ferrer se negó á ser la vaca de leche del partido lerrouxista, ó, mejor dicho de Iglesias».

Estas pocas palabras quieren decir muchas cosas.

A Lorenzo Ardid, en premio á sus declaraciones, la mayoría radical del Ayuntamiento, que equivale á decir, el *partido radical*, le nombró para un cargo *más elevado y más productivo del que tenía antes de sus famosas declaraciones*, y delante de esta protección bien clara, por un lado, y delante de su conciencia mezquina y ruin, por otro, en unas más recientes manifestaciones dijo ¡fijáos bien, mortales! *que le sabía mal ó le dolía por no haber dejado hablar á Ferrer, en aquellos momentos ó entrevista de la semana de Julio, para poder dar á los tribunales datos más concretos.* ¡De un alma tan mezquina no pueden salir otros disparates!

Otra protección: Como premio á las declaraciones *sinceras* y sin preámbulos de Bonet, el partido radical le arrendó la contrata de la panadería de la Casa del Pueblo.

¡Y si fuera solamente esto! Lo que da lástima es sentir por boca de algunos inconscientes que aprueban las declaraciones del viejo Ardid.

¡Ignorancia, fanatismo é idolatría!... ¿Qué necesidad tenía Ardid de hacer tales declaraciones, aunque fueran verdad, aunque hubieran habido de influir en su libertad? ¿A dónde está la casta de aquellos abnegados y nobles antepasados, que antes de perjudicar á otro, sufrían gustosos el tormento que les aplicaba el funesto tribunal de la inquisición? ¡Qué alma tan degradante, tan ruin y tan miserable la de Ardid y qué alma tan pequeña la de los que le aplauden!

Qué bien encajan las siguientes líneas copiadas.

«La verdad fué que Ferrer, queriendo aprovechar aquel movimiento que empezó siendo una protesta contra la guerra y acabó por ser un movimiento anticlerical, queriéndolo aprovechar para hacer de él un movimiento político, se fué á interrogar á los que creía él revolucionarios por haber dicho siempre que lo eran, especialmente en vísperas de elecciones, y la verdad fué que Ferrer fué echado del Templo de la Revolución (Casa del Pueblo) poco menos que á puntapiés, porque allí, en Barcelona, no había más revolucionarios que el pueblo que se batía sin finalidad ni preparación, y la verdad fué que Ferrer, ante aquel espectáculo, se retiró desengañado y maldiciendo de los revolucionarios de mitins».

«..... Ferrer echado de la Casa del Pueblo, que él había contribuído á construir con su dinero, y encima de todo, delatado por los que él, en su buena fe, en su pasión revolucionaria, porque era la única pasión verdad que sentía, había creído que podían ayudar al pueblo del que tantas veces solicitaron su concurso para cuantos destinos y cargos dan lucro y lustre. De suerte, que sobre la traición y cobardía, hay que poner la ingratitud».

. . . .

¿Se quiere una prueba más convincente de que el partido radical ampara y recompensa á los delatores de Ferrer? ¿Por qué por un lado tanta mogiganga de Ferrer, y por otro lado protegen á sus delatores? ¿Qué quieren de verdad la revisión del proceso Ferrer? Pues que empiecen por expulsar del partido á los delatores y ya habrán dado los primeros pasos de la tan cacareada revisión, y todos los elementos progresivos y avanzados que hoy los atacan con fundamento de causa, no sólo verán con satisfacción tal medida, sino que les aplaudirán, ó de lo contrario, todo lo demás es comedia, son ganas de votos, pues ya lo dice el refrán, que *obras son amores y no buenas razones.*

Como defensa á los delatores de Ferrer, muchos alegan de que sin las declaraciones de éstos, también se habría fusilado á Ferrer, viniendo á decir de que por lo tanto las declaraciones no tuvieron importancia alguna y se tiene que dejar en paz á los autores.

Y esto es un error gravísimo. Si ellos dicen lo que dicen, yo digo que con sólo las declaraciones de los radicales, ya había lo suficientemente para fusilarlo dadas las leyes vigentes.

Además. Todos los días en *El Progreso* y en el Parlamento se apostrofa á Maura, á La Cierva, á los de la «Defensa social», etcétera, como á asesinos de Ferrer, como si ellos, los radicales, estuvieran limpios de esta mancha. ¡Qué cinismo!

Los unos acusando á los otros, cuando todos pusieron las manos, y cuando los más recriminables de este hecho, no son los reaccionarios, porque al fin y al cabo, éstos no hicieron más que cumplir con su deber de reaccionarios, no podían dar otro fruto, sino que los verdaderos recriminables son aquellos que blasonan de republicanos radicales, y su obra es reaccionaria. Estos son los hipócritas, los farsantes...

¡Ferrer, Ferrer, y siempre Ferrer! ¡Dejad en paz á su nombre, señores directores del partido radical! Si al fin y al cabo no habéis de ser vosotros los que habéis de reivindicarlo, pues aunque os pongáis el manto de buenos señores, aunque intentéis disimularlo, por donde pisáis vais dejando el rastro de sangre suya... Si la sombra de Ferrer os ha de martirizar, si os ha de machacar vuestro cerebro continuamente, como martillazo vengativo... No os pongáis el nombre de Ferrer en vuestros labios corrompidos, pues sólo con vuestro aliento fétido le marcháis. (Al escribir Bertrina aquellos célebres versos, ya debió presentir vuestras hazañas). Si, la obra de Ferrer no podéis comprenderla, es demasiado grande para vosotros que solamente os arrastráis por el suelo como envenenadores reptiles. Si, la obra de Ferrer es la antítesis de la vuestra. La obra de Ferrer es para formar una sociedad de cerebros nuevos, bien desarrollados y libres de prejuicios políticos y religiosos, una sociedad en que no impere la desigualdad como la presente y que reine la fuerza de la razón y no la de la fuerza, como la actual; una sociedad en que el hombre no sea explotado por el hombre, como la que padecemos; una sociedad en que no haya parásitos ni embaucadores y en que el hombre piense por cuenta propia; todo esto y otras muchas cosas, es para lo que trabajaba Ferrer y le llevó á la sepultura; en cambio vosotros, señores directores del partido radical, con todo y tanto Ferrer y dejando aparte lo de las declaraciones, sois, como ya he dicho, la antítesis de su obra, pues que mientras él trabajaba de verdad para el pueblo oprimido, no oficialmente como vosotros, sino de hechos, y á cambio de su trabajo no le pedía nada, vosotros no hacéis nada práctico, todo ficticio, y en cambio siempre le estáis pidiendo votos y energías y sangre en períodos de comedia electoral, humillaciones en conflictos sociales; vosotros váis inculcando el prejuicio político, tan pernicioso como el religioso, en los cerebros de los que explotáis; vosotros no trabajáis por ninguna sociedad nueva é igualatoria, sino que mientras los pobres se mueren de hambre, vosotros os paseáis en automóvil, con relucientes sortijas, con los bolsillos llenos y hartándoos en medio de espléndidos lunchs que aquellos obcecados os pagan; vosotros en empresas periodísticas sois tan explotadores como el primer desalmado explotador; vosotros sois unos parásitos y embaucadores de ignorantes; vosotros enseñáis á pensar por cuenta vuestra, por medio de la mentira, la calumnia y la hipocresía, á aquellos que ciegamente os siguen; vosotros sois aquellos que os ponéis el vestido de revolucionarios, solamente para explotar al pueblo que está sediento de una verdadera revolución, y que mientras un hombre que no blasonaba de revolucionario de acción, sino de cerebros, pero que cuando el pueblo se batía entre barricadas sentía la necesidad de ayudarle, de aprovechar aquella sangre vertida, para que tuviera un poco más de libertad y de justicia de que estaba tan necesitado, vosotros ¡embaucadores y farsantes del pueblo esclavo! recibistéis á puntapiés á aquel excepcional hombre, aquel hombre que sin blasonar de revolucionario, la sentía palpitar dentro de su alma. ¡Falsos redentores, falsos revolucionarios! Despojaos de este vestido, que estáis deshonrando miserablemente; retiraos de la comedia que estáis representando ¡comediantes! Dejad en paz el nombre de Ferrer, pues que si su sombra justiciera pudiera brotar de la tierra, estad seguros, revolucionarios de mitin, que su mirada acusadora y despreciativa, no la dirigiría hacia los conservadores, no, sino que la dirigiría hacia vosotros, directores del partido radical. No queráis ya más explotar su memoria, ya que es poco noble insultar á los muertos.

. . . .

Actualmente y con motivo del asunto del confidente Sánchez, conserje de *Solidaridad Obrera*, *El Progreso* ha hecho una campaña miserable contra los elementos sindicalistas y anarquistas, ya que aquél militaba entre ellos, como si un partido, entidad ó federación, etc., tuviese que ser responsable de los actos de un traidor; pero pueden estar segurísimos los de *El Progreso*, que á Sánchez, como delator, no será *recompensado* por los elementos sindicalistas y anarquistas, como lo fueron Ardid, Iglesias, Bonet, etc., por el partido radical.

Nótese la diferencia.

Las calumnias de *El Progreso* hacia los elementos sindicalistas, son como las excomuniones del Papa cuando las dirigía á Napoleón, desde Roma. ¡No podían hacer efecto alguno!

. . . .

Sabadell. M. GIRBAU

Veamos claro

Hace días que los revolucionarios españoles han lanzado á la opinión una idea, que, lejos de parecernos buena, parécenos sumamente descabellada. Es la unión con todos los amantes de la libertad, en una palabra, con los republicanos radicales. Unirnos para defender nuestras libertades con radicales, ó cualquier otro partido político, nos parece una cosa irrisoria; nosotros con los políticos no podemos, es decir, no debemos ir ni á la revolución. Nuestras *libertades no peligran*, desde el momento que las únicas que disfrutamos, son la del *Hambre*, la de explotación y la de morir por inanición en el arroyo; la de ir desnudos y la de ser triturados por una máquina en el taller ó en la fábrica, guardando intereses que creamos, pero que no disfrutamos.

Si para no perder estas grandiosas libertades enunciadas hemos de fijar un pacto con quien mañana ha de darnos lo mismo que hoy disfrutamos, preferimos continuar en el mismo estado, hasta que debido á nuestro sólo y único esfuerzo, podamos romper las cadenas que durante tantos años han aprisionado nuestros remos. Mas, al decir *nuestro solo y único esfuerzo*, no contamos solamente con el esfuerzo de los anarquistas, sino que nos referimos al todo productor, pues creemos, y esto es real, que todos los obreros están descontentos con su suerte tan poco envidiable, y aun sin saberlo ellos mismos, son muchos los descontentos y muchos por lo mismo los anarquistas; sólo con todo este elemento, que es la inmensa mayoría, queremos hacer la revolución, pero no para cambiar un régimen, sino para transformar la iniquidad de la sociedad actual.

Pero para hacer este movimiento, que ha de ser francamente antipolítico, antiestatista, digamos claramente la expropiación, no queremos que los políticos de arriba se entremezclen en nuestra revolución, puesto que hemos de ir contra ellos.

Además, que aun cuando fuéramos unidos á la revolución, resultaría, que en vez de combatir solamente á un enemigo, sería necesario combatir á dos, á nuestros aliados, y á los defensores del orden.

Los políticos, por muy radicales que sean, por muy enemigos de la explotación que quieran ser, y por muy amantes del obrero que se llamen, nunca, ¡nunca nos permitirán atentar la propiedad! Nuestra revolución debe ir directamente contra el capital, debe tratar de poner en común todos los utensilios de trabajo, así como el suelo y el subsuelo, y esto, nunca nos lo tolerarían los que hoy con fines repudiables quieren convertirse en nuestros amigos.

Todas las revoluciones hechas por los transformadores de Estado, cuentan con sus verdugos y sus víctimas; aquel que en la revuelta quiso apropiarse de algo de lo mucho que quizá le pertenecía, pagó con su vida aquel acto propio de los que pasan hambre. La revolución política fué más bien que justiciera, como quiso llamarse, criminal. En París, hubo juicios al aire libre, y fusilamientos llevados á cabo por los que se llamaban defensores de la libertad. Lo mismo que entonces sucedió, sucedería hoy con los expropiadores conscientes, la propiedad sería defendida por los mismos revolucionarios, y nosotros, después de servir de pedestal para encumbrar á los prohombres, ¡seríamos juzgados como ladrones!

La unión revolucionaria, sería perjudicial para nuestra causa, y debemos desechar esta idea lanzada por algunos compañeros, por creerla perjudicial para la causa del obrero.

Veamos claro, no nos entusiasmemos por halagos que nos hacen los revolucionarios de SALÓN, incapaces de serlo en la calle, por lo cual quisieran que nosotros fuéramos en busca de la muerte, para luego ellos gobernar y reirse de nuestra candidez.

Obreros todos, hagamos la revolución, pero no para encumbrar vividores, sino para redimirnos por completo de la inicua explotación que nos tritura.

París. NICOLÁS GUALLARTE

Tenemos en nuestro poder la edición del folleto que contiene la hermosa conferencia de clara orientación sindicalista que con el título de PROLETARIADO EMANCIPADOR, *dió nuestro compañero Anselmo Lorenzo en Madrid el día 17 de Septiembre.*

10 céntimos ejemplar.

Además tenemos buen número de ejemplares de los folletos SOLIDARIDAD, EL POSEEDOR ROMANO *y* GENERALIDADES SOCIALES, *por Anselmo Lorenzo.*

10 céntimos ejemplar.

COMUNISMO Y ANARQUÍA, *por Carlos Cafiero.*

5 céntimos ejemplar.

EL OBRERO MODERNO, *por T. Herreros.*

10 céntimos ejemplar.

ASPECTO SOCIAL DE LA LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS, *conferencia leída por el Dr. Queraltó, en el Congreso de Medicina contra la Tuberculosis.*

25 céntimos ejemplar.

Pidiendo más de cinco ejemplares se hará el 30 por 100 de descuento, excepto el del Dr. Queraltó, que su descuento es el 50 por 100.

Infancia

Con este título ha empezado á publicarse en Montevideo una revista pedagógica, *Organo de la Liga Popular para la Educación Racional de la Infancia.*

En vez de dedicar algunas frases laudatorias cual se merece la mencionada revista, para que se conozca su orientación, hemos creído más oportuno trasladar á nuestro semanario algunos párrafos de la circular que acompaña, con lo cual quedará demostrada su eficacia:

«Creemos llegado el momento de extender, por medio de la prensa, nuestra propaganda destinada á poner de manifiesto el elevado sentido educativo que proclama la Institución que representamos y cuyos actos públicos han podido demostrar la perfección que perseguimos en el hombre futuro, que es también en beneficio de las futuras humanidades, bajo el punto de vista moral, físico, intelectual y artístico.

»Existe conveniencia de hacer ver la diferencia que media de la enseñanza corriente, dogmática, uniforme, sistemática, parcial, á una educación expansiva, razonada, integral, científica y humana, producto de la naturaleza del ser y esencia de las cosas, de una educación exenta de sectarismos religiosos, pasiones políticas y sectarismos sociales, y es por ello que damos á luz *Infancia* para llevar á todas partes nuestra voz sincera, elevada; para que llegue á cada lugar el eco de la bondad de nuestro credo; para que la razón científica, analizada sin apasionamientos ni brusquedades se trence en loor al niño y ejerza su influencia bienhechora y redenta.

Modesta será nuestra obra en sus comienzos, pero confiamos en el concurso eficaz y desinteresado de todos los miembros de la *Liga* y con la cooperación de todos los simpatizantes, sea donde quiera el lugar en que se hallen, y la posición social en que actúen, para llevarla á feliz término y, muy en breve, hacerla más extensa y firme, más positiva y eficaz». Suscripción anual, una peseta.

Por nuestra parte le deseamos larga y próspera vida.

Dirección: Curiales, 14 (altos), Montevideo, República Oriental de Uruguay.

Aviso

Teniendo en cuenta que la suscripción pro presos de Cullera fué iniciada en estas columnas temporalmente con el fin de atender de momento á sus familias, y comprendiendo que ya ha dado lugar desde que se inició hasta la fecha para que se enterasen todos los compañeros, tenemos á bien suspenderla al objeto de no cansar mucho á los compañeros con tantas suscripciones abiertas.

Dentro de unos quince días procederemos al reparto equitativamente entre las veinte familias de los mencionados presos. En lo sucesivo se incluirán éstos en los repartos generales que se efectúen. Sirvan estas líneas de satisfacción para todos.

Del Canal Panamá

Después de un corto silencio por parte del que continuaba ilustrando á los lectores de TIERRA Y LIBERTAD, debido al trabajo que sobre él pesa, me tomo el atrevimiento por parte de la Federación de Agrupaciones del Istmo de Panamá, de emborronar estas cuartillas, acerca del movimiento en ésta.

El despertar proletario ha tomado carta de naturaleza aquí, debido á la propaganda iniciada por esta Federación que, aunque antipática á algunos, viene con bríos, á descentralizar á la masa inconsciente que se ocupaba de las borracherías en grado sumo, y de los burdeles antihigiénicos, donde sólo germina la idiotez y atrofiamiento intelectual del individuo.

La Idea Anárquica con su etimología, va llenando el ambiente de este país trópico donde los Loyolas tienen sentadas sus reales, al igual que en los demás países del viejo mundo, donde tanto impera el sensualismo religioso.

Hoy, ya no se teme á la palabra Anarquía, como sinónimo de desorden y destrucción, sinó que hecho el análisis de su procedencia, gracias á la incansable propaganda hecha por todos aquellos que en algo la conocen hoy; es el tema á discutir entre todos los que, con ansias de reivindicación, han comprendido ser la única que salvará á la humanidad del cataclismo pronosticado por todos los sociólogos y filósofos si esta misma humanidad no hubiese llegado á tiempo á poner valla infranqueable ante los desmanes de todo lo que huele á política, estado y religión, con toda su cohorte de burócratas y pillos redomados de todos los tiempos y todas las edades.

Los mitins se suceden á menudo asistiendo muy buena concurrencia á ellos, ansiosa de escuchar el sublime ideal anárquico, haciendo los comentarios más favorables á nosotros, hasta aquellos que con nosotros no comulgan, y siendo bastantes los que á nuestro campo vienen, atraídos sólo por el egoísmo de aprender y divulgar lo que ignoraban.

El próximo día 21 del corriente se celebrará un mitin en Panamá ,con tribuna libre para aquel que quiera controvertir nuestras ideas, siendo el primero de fuera de la Zona que se celebra.

En otra me ocuparé de la cuestión obrera, relacionada con los trabajos del Canal.

Por l. F. de A. é Individuos libres del Istmo de Panamá «Sin Dios»,

C. ORTEGA

Emperador, (Culebra).

Almas de guerra

La última semana el azar me hizo viajar un día entero con el conde de C., viejo coronel de dragones. Lo que se llama un hombre agradable. Un liberal, naturalmente. y, lo que en medio es menos raro de lo que se pudiera creer, un pensador. A mí me agradan los pensadores, piensen lo que piensen. Estableciéronse en seguida entre nosotros relaciones muy cordiales y confianza mutua. Yo atribuyo este dichoso acontecimiento al carácter franco del coronel y, sobre todo á esto: en el momento que él subía al vagón vió que yo tenía entre manos un número de *La Libre Parole* y que tenía en reserva, sobre el asiento, *L'Intransigeant* y *La Patrie*. Comprendió él, sin duda, que se las tenía que haber con un liberal de buena estofa. Me sonrió. Entre liberales las cosas se arreglan siempre con la mayor galantería del mundo.

Hablamos de la guerra rusojaponesa. Aun cuando él fuera rusómano hasta el exceso y que deseara con apasionamiento el triunfo de nuestros buenos aliados, no aprobaba en absoluto aquella guerra. Y no la aprobaba porque no podía comprenderla, á lo menos en cuanto á sus orígenes.

—¡La Manchuria! ¡La Manchuria! gritó. ¿Qué es eso?... ¡Cuando ellos tienen para entretenerse tantos judíos, tantos socialistas, tantos poloneses!... Quizá usted me tome por un revolucionario... Pero, verdaderamente, estas guerras entre naciones extranjeras me disgustan un poco... La mayor parte de las veces las causas son tan complicadas y á veces tan desconocidas, que no se sabe jamás por qué se combate... Y, el placer de batirse ha disminuído seriamente... Cierto que yo en otro tiempo, no preguntaba tanto, ni inquiría causas. Bastaba batirse contra alguien, no importa por qué, y esto me bastaba. Estaba contento... En esto usted reconocerá—¿no es cierto?—la bella generosidad, el hermoso ardor, la espléndida imprevisión de la juventud... ¡Ah, la juventud!

Sonrióse á sí mismo. Sonrióle á su casco, á la crín flotante de su casco, á su espada roja de sangre... Después siguió:

—Luego envejecí, como todo el mundo... Yo he observado mucho... mucho he reflexionado. Mis ideas se han dirigido en un sentido más rigurosamente científico. Hoy día, lo que yo exijo, ante todo, de una guerra, es que sea clara.. En una palabra: yo quiero saber por qué me bato... No sabiéndolo, es infinitamente doloroso; esto quita todo interés á conflictos que, mejor conocidos, serían probablemente muy interesantes.

—¡Ah, coronel! grité yo. ¡Usted es muy moderno!

—¡Sí, soy muy moderno! respondió no sin orgullo el bravo soldado... Yo estoy devorado por la enfermedad del siglo: la necesidad de saber. El general Gonse, que tiene cultura, ha dicho de mí: «¡un ibseniano!»

Y continuó:

—Es porque, vea usted, yo no comprendo la guerra más que entre gentes del mismo país. Uno se conoce ¡qué diablo! Se bate uno y se mata por la defensa de una prerrogativa, de un hábito; por la conquista de un derecho nuevo; por el mantenimiento de un derecho de clase... Esto es claro, esto es justo... Así yo admito—no solamente admito, sino que reivindico como el más sagrado de los deberes, como una necesidad vital,—el derecho formal que tiene la sociedad de declarar la guerra—una guerra sin cuartel—á los que tratan de desorganizar el orden establecido: los huelguistas, por ejemplo. A este respecto yo opino completamente como Gallifet,—un moderno éste también,—que quisiera que el ejército se convirtiera en gendarmería puramente. Esto es evidente... He aquí el progreso... Y es esto uno de mi más fuertes agravios contra el gobierno actual, este gobierno innoble, de violadores de tumbas, de francmasones para decirlo todo;—y yo no hablo aquí de su abominable y sacrílega campaña contra nuestra santa Iglesia, que justificaría ella sola todas las masacres, todas las degollinas, todos los torpedos de los japoneses... No, yo hablo solamente de su encarnizamiento en hacer menos frecuentes los choques entre soldados y obreros revoltosos; de su criminal manía de ser árbitro pacífico—y no con golpes de sable y de fusil—de los conflictos que no cesan de producirse entre el capital y el trabajo... ¿Qué es la Francia de hoy día? Es una inmensa huelga... un inmenso alboroto... Y ni siquiera el más pequeño fuego de pelotón... ni la menor sangría... ¡Nada! ¡Esto es disgustante!... Ha sido necesario que en Cluses hubiese bravos jóvenes, casi niños (1), que diesen el ejemplo de coraje é hiciesen en pequeño lo que les corresponde hacer en grande á este estúpido gobierno!... Se dice que el trabajo es una cosa... ¡Entendido!... Una cosa de bemoles también... ¡Sea!... Pero el capital es otra cosa, ¡vive Dios!... Si de tiempo en tiempo no le aportáis su buena provisión de cadáveres; si no le dáis seguridades de vez en cuando, acabará por acobardarse... Y cuando no tendrá más capital... ¡buenas noches al trabajo!... ¡Los proletarios estarán bien adelantados!

—Pero, coronel, ellos lo estarían todavía menos si los mataráis á todos...

—¡Todos! grita el coronel, alzando sus gloriosas espaldas... Siempre quedarán muchos... ¡Por demás quedarán!

Y continúa:

—¡Es como con los judíos... ó con los dreyfusistas! ¡Decir que hay un ejército, un gran ejército... que no hace un demonio de la mañana á la noche...y que no se le permite tomar á todas esas gentes y destriparlas á golpes de bayoneta!... ¿Y usted llama á esto un buen gobierno?... ¡Esto es insensato!

El coronel se volvía apoplético... Traté de calmarlo con razones apropiadas á su mentalidad.

—Tiene usted razón...—me dijo—Yo me incomodo..... me incomodo..... Volvamos á la cuestión.

Y con una voz menos temblorosa de cólera, continuó:

—La guerra de 1870 me ha dejado buenos recuerdos... Siempre esta sagrada ignorancia... Y luego la derrota fué muy rápida... No hubo tiempo de divertirse... Por ejemplo, la Comunne, yo puedo decir que allí he vivido los mejores días de mi vida de soldado... ¡Ah! tengo tantas historietas para contar... Es para retorcerse de risa.

Y, en efecto, durante algunos minutos se retorció.

—Escuche... Ahora me acuerdo. ¡Ah! ¡es una cosa impagable! Usted ha conocido á la Ballena... No, usted es muy joven... La Ballena fué una cocotte muy celebrada los últimos días del Imperio... ¿Por qué se llamaba la Ballena?... Por mi honor... yo no lo he sabido jamás... Ella no era muy... muy hermosa... Pero tenía una gentileza... una fantasía, un espíritu endiablado... Durante el sitio y durante la Comunne ella se quedó en París, valientemente... Y después, sin duda, ella tuvo sus razones... El día que mi regimiento penetró en París,—yo era entonces capitán,—la primera persona que encontré fué la Ballena... La Ballena exaltada, alegre, que, en una victoria, arrojaba patrióticamente ramilletes á los oficiales... Ella me dijo: «Y bien, mi pequeño, es el buen Dios quien te envía... Ya que tú estás aquí, me vas á hacer un gran servicio, ¿eh?... Y luego haremos una gran fiesta... ¡Ya verás!... Todo lo que ella quería yo le prometí... Se trataba de desembarazarla de sus acreedores... Nada era más fácil en medio del espantoso y divertido desorden en que se encontraba entonces París... Ella me dió una lista de aquellas bravas gentes y sus direcciones... La mayor parte, por el miedo, se habían refugiado en el fondo de los sótanos... Eran bisuteros, costureros, prestamistas, muy poca cosa en realidad... Les dí caza con los soldados de mi compañía... Se les ató las muñecas, se les arrimó á la pared y ¡rran!... Despaché á seis de este modo...

El coronel me golpea la espalda amistosamente y, con la cara rejuvenecida agregó:

—Y á fe mía que encontré tan ingeniosa la idea de la Ballena, que yo hice otro tanto con los míos... ¡Rrran!

Y concluyó:

—¡Esta sí que fué una guerra!... ¡Enhorabuena!...

OCTAVIO MIRBEAU

(1) Alusión á los hijos del fabricante Crettiez, de Cluses, que desde las ventanas de una fábrica dispararon contra los huelguistas pacíficos, matando é hiriendo á varias mujeres y niños.—N. de la R.

LO DE LA HUELGA

Otro Consejo de Guerra

El día 20 del próximo pasado mes de febrero se verificó un Consejo de Guerra ordinario contra el soldado del regimiento de infantería de Guipúzcoa Pío Abio, á quien se le acusaba de escarnio á la religión y de haber insultado á un centinela.

Los sucesos que motivaron el Consejo de Guerra, acaecieron en Baracaldo, encontrándose de centinela un soldado del regimiento de la Lealtad en la fábrica de Altos Hornos.

El procesado se hallaba en aquella fecha disfrutando licencia ilimitada y trabajando en calidad de obrero.

Por el primero de los delitos se le piden seis años de prisión y por el segundo, dos años, cuatro meses, más la multa correspondiente.

La sentencia ha pasado á informe del capitán general.

MARIANO LOPEZ

Bilbao.

A LOS COMPAÑEROS

Proposición

Si la extensión y perfeccionamiento de la propaganda de nuestras ideas es siempre conveniente y necesaria: si constituye lo que podríamos llamar un deber, y el cumplimiento de éste un beneficio y una muy íntima satisfacción, entiendo que ha llegado la hora de que los compañeros todos y de un modo particular los que residen en Barcelona, se preocupen de resolver pronto y bien, los dos extremos siguientes:

1.º Forma práctica de que TIERRA Y LIBERTAD aumente considerablemente la tirada.

2.º En la, al parecer, imposibilidad de convertirlo de momento en diario, estudiar el medio de crear un TIERRA Y LIBERTAD diario exclusivo para Barcelona, siquiera no hayan de tirarse más que 2.000 ejemplares, sin que éste altere la vida del semanario hoy existente. Si esto se hace y se mantiene es indudable que antes de seis meses el diario podría extenderse á toda España, quedando entonces el semanario, que sería un hermoso resumen ó compendio de aquél, destinado á Francia y sobre todo á América, en la cual el diario nunca tendría, por razones del tiempo, directa aplicación.

Para ello entiendo que se impone la celebración de una reunión de todos los compañeros de Barcelona y puntos próximos, y á la cual envíen por escrito su opinión los que residen en sitios distantes.

El grupo hoy editor, que no dudamos aceptará en principio la idea, es el indicado para señalar día, hora y lugar en que la reunión deba celebrarse, entendiendo que, de momento, debe limitarse á expresar si la idea le parece buena y viable, absteniéndose de emitir su particular criterio sobre los medios de realizarla á fin de no influir sobre el de los demás y que éstos se manifiesten con libertad absoluta.

Hay que romper la rutina de recibir el mismo número de ejemplares en los mismos puntos y venderlo ó darlo á leer á los mismos compañeros.

Hay que emplear un tanto por ciento de las energías que poseemos y que aparecen adormecidas, para dar á la propaganda un valiente y positivo impulso, que hoy es la extensión de TIERRA Y LIBERTAD, lo que llevaría aparejada la formación de una importante biblioteca, compendio de lo mejor que sobre sociología se haya escrito y se escriba; mañana sería la creación y constante funcionamiento de comisiones de propaganda, y al otro ¿quién sabe? Cuando la actividad se despierta, los individuos se quedan á veces asombrados de la labor que realizan y ven realizar á los mismos que antes les hacían compañía para dormir ó quizá para otras cosas peores.

Voluntad y sinceridad: he aquí las dos palancas que necesitamos para hacer algo grande de que mañana nos mostraremos orgullosos al contemplarlo.

Si no somos invulnerables ante la guerra del silencio, de la pereza y de la murmuración ¿quién puede dudar de que nuestro espíritu que alberga más de una virtud, se contagiará más fácilmente de la actividad, del deseo de hacer algo por nuestra propaganda que tan necesitada se halla del esfuerzo de todos?

Si un puñado de hombres toscos son capaces de convertir en llano una montaña, ¿no podremos nosotros que siquiera sabemos deletrear y que nos anima un espíritu de que aquéllos carecen, derribar en parte la muralla que obstaculiza el paso de nuestras grandes ideas de libertad y justicia?

Todos los compañeros y principalmente el grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD tienen la palabra.

UN COMPAÑERO

Nota.—En vista de lo manifestado en el escrito que antecede el grupo editor de este semanario acoge esa iniciativa dándole el curso merecido. Por lo tanto, esperamos que los compañeros que estén conformes—en todo ó en parte—nos escriban á la mayor brevedad posible á fin de señalar fecha y hora para celebrar la mencionada reunión y resolver lo que se crea más factible.

AL PUEBLO EN GENERAL y á los obreros en particular

Hace dos años, y sin estar constituídos, hemos puesto al servicio de una noble causa intereses y persona. En todo este tiempo no nos habíamos manifestado nunca en esta forma, pero creemos que nuestros anhelos y finalidades han sido comprendidos por muchos de nuestros conciudadanos. Actualmente vemos que es así, y deseosos de exponer nuestras aspiraciones, publicamos las presentes líneas, dejándolas á la consideración de aquellos á quien nos dirigimos.

Hace tiempo empezó á manifestarse en nosotros el deseo de nueva Vida que pudiera satisfacernos y ayudarnos en nuestras ansias renovadoras de todo lo viejo y apolillado que siglos de esclavitud é ignorancia nos legaran, por desgracia nuestra, por herencia.

Esta extraña cosa vagamente concebida en un principio, iba tomando forma en nuestras humildes inteligencias, sufriendo ligeros cambios hasta llegar á su definitiva forma.

Más tarde tuvimos la visión clara de lo que queríamos y ésta no era otra que la creación de un *Centro Obrero Instructivo* en el cual tenemos puestos nuestros anhelos y esperanzas.

Nuestro deseo más grande es el de hacer cultura, ya que por todas partes donde dirigimos la vista vemos el atraso más grande, la incultura más repugnante y el envilecimiento triunfante.

Hay quien considera estar poseído de cul-